

El sector petrolero en los tiempos de la pandemia

The oil sector at the time of the pandemic

Fluvio César Ruíz Alarcón
Doctor en Economía de la Energía,
Universidad de París III, en Francia.
Asesor en política energética
en la Cámara de Diputados,
Consejero Profesional y
asesor en Petróleos Mexicanos.

Journal of Economic Literature (JEL):
Q4, Q28, Q32, Q43

Palabras clave:
Energía
Política gubernamental
Recursos agotables y desarrollo
económico
Energía y macroeconomía

Keywords:
Energy
Government Policy
Exhaustive Resources and Economic
Development
Energy and the Macroeconomy

Fecha de recepción:
19 de mayo de 2020
Fecha de aceptación:
12 de junio de 2020

Resumen

Tanto el crecimiento de la demanda global de petróleo como la contingencia sanitaria provocada por el Covid-19[,] generaron un mayor consumo mundial de petróleo y provocaron una importante caída en la demanda de energéticos, y ello llevó a los países productores a un fuerte diferendo en relación con los recortes necesarios para estabilizar los precios. En México, se estimaba que desde 2019 alrededor de 25% de la producción de Pemex no era rentable después de impuestos. Sin embargo, Pemex aumentó su producción, sin que parecieran importar las pérdidas económicas. Así, Pemex enfrenta complejos retos por resolver para que su operación sea rentable, pues necesita redefinir estrategias, jerarquizar prioridades y ajustar su plan de negocios para afrontar con éxito los cambios del sector energético mundial ante la irrupción del Covid-19, pues otro rebrote pondría en jaque a la economía mundial. Con esta crisis Pemex enfrenta una nueva realidad, que requiere consolidar la rectoría estatal, fortalecerse como empresa pública, prepararse para la transición energética con un sistema sectorial de innovación tecnológica y con viabilidad en sus operaciones, y con el respaldo serio y decidido por parte del Estado.

Abstract

The increase in global oil demand, as well as the Covid-19 health contingency, generated both a major oil world consumption, and important drop in energetics demand; this took producer countries to a strong disagreement concerning necessary cuts to stabilize prices. In Mexico, it was estimated that, since 2019, around 25% of Pemex productions was not profitable after taxes. However, Pemex increased its production, without seeming to care for economic losses. So, Pemex faces now complicated challenges to make its operation profitable, since it needs to redefine new strategies, rank priorities and adjust its business plan in order to successfully face the sector's world changes in front to the Covid-19 irruption, considering that another outbreak could put in check world economy. With this crisis, Pemex faces a new reality, one that requires the state rectority to be consolidated, and strengthen itself as a public enterprise, so to get prepared to energetic transition with a technological innovation sectorial system, and with viability in its operations, and with a serious and decided backing from the state.

La caída de los precios del petróleo y el papel de la OPEP

A la disminución del ritmo de crecimiento de la demanda global de petróleo, que se venía observando desde finales de 2019, se le agregó la contingencia sanitaria provocada por el coronavirus, que se extendió rápidamente entre los países que representan el mayor consumo mundial de petróleo. Ello provocó una caída muy importante en la demanda del energético.

359

En este escenario y en el marco de la Reunión Ministerial Extraordinaria de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), celebrada el 5 de marzo, se generó un fuerte diferendo entre Arabia Saudita y Rusia en relación con los recortes necesarios para atender la baja de la demanda. Esta disputa ocasionó que el líder *de facto* de la OPEP, anunciara que aumentaría su producción de manera significativa como respuesta al desacuerdo. Se inició así, una guerra de precios que tuvo entre sus primeros afectados, a los productores de *Shale Oil* de Estados Unidos, cuyos costos promedio de producción siguen siendo relativamente elevados, a pesar de sus innovaciones tecnológicas. De hecho, en el “Short Term Energy Outlook”, publicado el 7 de abril por el Departamento de Energía de ese país, se pronosticó una caída de 480,000 barriles diarios en su producción nacional, como consecuencia de la disminución de los precios. Todo esto llevó a Donald Trump a intervenir ante Rusia y Arabia Saudita, dando como resultado la reunión iniciada el 9 de abril, entre la OPEP y varios de los principales productores independientes, incluido México.

No sin dificultades y tras varios días de negociación, finalmente se consiguió acordar un recorte de 9.7 millones de barriles diarios; a pesar de que varios analistas sostenían que se hubiera requerido un recorte mayor en la producción. Este recorte entró en vigor a partir del mes de mayo.

Las circunstancias que rodearon a esta reunión se vieron marcadas por el nuevo papel de Estados Unidos en el mercado petrolero internacional y las reticencias de México a una colaboración plena con los países productores.

En el caso de Estados Unidos, su activismo para lograr, primero, la realización de la reunión y después, la concreción del acuerdo; son el reflejo de su nueva condición como país petrolero, tras la llamada “revolución del shale”: sigue siendo el principal consumidor mundial de crudo y el segundo país importador; pero se ha convertido en el primer productor y quinto exportador del orbe. De ahí el interés del gobierno estadounidense para estabilizar los precios y la dinámica del mercado petrolero internacional, con el objetivo de paliar los efectos sobre su industria petrolera nacional. Anteriormente, Estados Unidos era un claro beneficiario de la disminución de los precios internacionales del crudo, como lo hizo notar Paul Krugman en un artículo publicado por esos días.

En cuanto a nuestro país, sorprendió su posición porque días antes, el propio Presidente de la República, en una reunión del G-20, había urgido a las principales potencias a utilizar herramientas geopolíticas para estabilizar el mercado mundial de petróleo. Además, en virtud de su asfixiante y regresivo régimen fiscal, el principal afectado con la persistencia de los bajos precios del crudo es Petróleos Mexicanos (Pemex); cuyo rescate y fortalecimiento es

uno de los objetivos centrales de la política económica del gobierno. Con los niveles de precios observados a finales de 2019, diversos analistas y consultoras, estimaban ya que alrededor de 25% de la producción de Pemex no era rentable después de impuestos. Sobre todo en condiciones de precios bajos, los intereses de la hacienda pública no se alinean con los de Petróleos Mexicanos y resultan, incluso, contrapuestos. Recortar la producción en 400,000 barriles o una cifra no muy lejana, le hubiera permitido a Pemex mejorar notablemente su rendimiento antes y después del pago de impuestos y derechos. Finalmente, México aceptó un recorte de 100,000 barriles diarios en su producción.

No deja de ser paradójico que, en torno a esta reunión, el gobierno de Estados Unidos se haya comportado en sintonía con los países productores; mientras que en contraste, México actuó más como el miembro que es de la Agencia Internacional de la Energía, a la que fue adherida por el gobierno de Enrique Peña Nieto, sin que mediara ninguna explicación.

Otra paradoja estriba en el hecho de que en el plano económico, México depende menos de su sector petrolero que cualquiera de los otros 22 países participantes en la reunión. Con el paso de los años y el declive de la producción, han disminuido sensiblemente tanto el peso del sector de los hidrocarburos en el producto interno bruto (PIB) nacional, como su proporción en los ingresos fiscales del Estado y el porcentaje de las exportaciones petroleras en las exportaciones totales de México.

De tal manera que la explicación más plausible de la postura de México en la reunión, está en la muy arraigada lógica extractivista que ha dominado la política petrolera mexicana desde la década de 1970. Más allá del giro nacionalista y protagónico que busca darle la presente administración al papel de Pemex en el sector, lo cierto es que el extractivismo se ha mantenido, al punto de equipararse el fortalecimiento de Pemex con el incremento acelerado de su producción. Es tal la determinación gubernamental de que Pemex aumente su producción, que no parecieran importar las pérdidas económicas que ello pudiera arrastrar para la empresa productiva del Estado, en las circunstancias actuales del mercado petrolero internacional.

En síntesis, la actitud de México causó sorpresa porque, además de fortalecer los lazos de cooperación y confianza con los países participantes en la reunión; nuestro país se beneficiaría del impacto positivo esperado en los precios del crudo, lo que sumado a las coberturas adquiridas y a la recaudación sin subsidios del Impuesto Especial sobre Producción y Servicios (IEPS) de los combustibles, darían un respiro a las finanzas públicas. Más aún, el principal beneficiado sería Pemex, que podría dejar de producir en yacimientos no rentables, en algunos casos, incluso antes de impuestos.

¿Estados Unidos, aval de México?

En los márgenes de la reunión de la OPEP+, un tema que llamó mucho la atención, fue el apoyo brindado por Donald Trump a la negativa de México para recortar 400,000 b/d en su producción. ¿Por qué apoyó Trump a México? Aventuremos tres hipótesis no excluyentes entre sí:

- *Porque es gratis.* El gobierno de Estado Unidos no tiene una empresa pública a la cual instruir a recortar producción; ni las facultades legales para obligar a sus operadores privados a hacerlo. Aún antes del inicio de la reunión de la OPEP+, Estado Unidos ya había logrado que se aceptara como su aportación, la producción no realizada debido a la quiebra de algunas empresas productoras de petróleo no convencional.
- *El acuerdo estaba en su interés.* Los primeros afectados por una reducción de los precios internacionales del crudo, son los productores estadounidenses de *shale oil*, quienes si bien han desarrollado innovaciones tecnológicas para disminuir sus costos de producción, se mantenían en el filo de la rentabilidad antes del desplome de los precios. Además, históricamente ha existido una relación estrecha entre la industria petrolera y los gobiernos, sobre todo republicanos, de Estados Unidos. Donald Trump no podía permitir que el objetivo estratégico del gobierno mexicano, de incrementar la producción de Pemex, impidiera el acuerdo.
- *Obtiene un instrumento de presión.* A partir de este apoyo, Trump obtuvo una herramienta latente para tratar de incidir en decisiones de México que pudieran afectar sus intereses. El año pasado utilizó la amenaza de imponer aranceles para lograr un cambio radical en la política migratoria de México. No es descabellado pensar que busque presionar a México para que modifique su postura frente a otros fenómenos geopolíticos.

A la luz del acuerdo alcanzado, pareciera que la estrategia seguida por nuestro país produjo un resultado aceptable en el corto plazo. Sin embargo, México tendría que hacer un esfuerzo diplomático con los países productores, con los que al final del día, tendrá que seguir coordinándose recurrentemente, de una u otra manera, en los meses y años por venir. También, debería analizar seriamente la pertinencia de permanecer en la Agencia Internacional de la Energía, creada por los países industrializados para contrarrestar a la OPEP.

El lunes negro petrolero

A pesar del acuerdo de la OPEP+, el día lunes 20 de abril, los precios de todos los crudos marcadores alcanzaron récords históricos a la baja. Incluso, en algo que no tiene precedente, se llegó al extremo del establecimiento de precios negativos, reflejo del costo de almacenamiento del petróleo que no se pudo colocar en el mercado de “físicos”. Se ha escrito mucho sobre este episodio pero, en resumen, podemos afirmar que lo acontecido en ese día, encuentra su explicación en las condiciones puntuales del mercado, las características principales del sector petrolero y las expectativas respecto a la evolución de la pandemia del Covid-19 y su efecto sobre la demanda. Dicho de otra manera, esta situación extrema fue el resultado de la conjunción específica en un momento determinado, de elementos de largo (transición energética, costo del barril marginal), mediano (emergencia sanitaria, desaceleración económica, falta de coordinación de los productores) y corto plazos (caída de la demanda, saturación del almacenamiento, terminación de contratos).

En el plano financiero, a partir de 2007, se desconectó la demanda de “barriles de papel”, con relación a los “barriles físicos”; y ya desde 2010, más de 50% de los contratos a futuro, estaban relacionados con la inversión financiera. Esto significa que la formación del precio se ha vuelto más sensible a cambios en las expectativas económicas. También, que hay un componente especulativo presente en las transacciones petroleras, que tiene que ver con las posiciones largas (quien compra petróleo a futuro y quiere realizar la venta antes de que se venza el plazo). Así, los inversionistas en el mercado de futuros se abalanzaron a cerrar sus posiciones largas (haciendo la operación contraria, mediante la venta del hidrocarburo por el monto que habían comprado). El resultado fue una venta de contratos muy por encima de la casi inexistente demanda a los precios corrientes; y el consecuente desplome de las cotizaciones hasta valores negativos. En ese contexto, la mezcla mexicana de exportación (MME) cerró el 20 de abril a -2.37 dólares por barril.

Al momento de escribir estas líneas, hemos visto un incremento a lo largo del mes de mayo, tanto en el precio de los crudos marcadores, como en la MME, que superó los 30 dólares por barril, de la mano de un incipiente retorno de la actividad económica en varios países industrializados. Sin embargo, no debemos olvidar que la coyuntura internacional de corto y mediano plazos, está caracterizada por un exceso de oferta y altos niveles de almacenamiento. De manera que apenas se inicia un proceso de altas y bajas, antes de poder confiar en la recuperación sostenida de los precios. Mientras no existan datos contundentes que propicien la percepción de que la pandemia se está controlando, prevalecerá un escenario en el que las actuales condiciones

del mercado seguirán siendo de un prudente optimismo, al menos durante el resto del año. Los precios de los primeros días de junio daban muestra de que se espera una cierta estabilización, misma que también estará en función de la evolución de la pandemia y de una recuperación gradual de la economía mundial.

La prolongación al mes de julio del recorte de 9.7 millones de barriles diarios acordada por la OPEP+ (con excepción de México), así como los recortes hechos por importantes productores independientes como Brasil y Noruega (que no tomaron parte del acuerdo de abril), apuntan a un esfuerzo de coordinación que podría apuntalar los precios del crudo, en tanto se consolida la demanda y se disminuyen los altos niveles de almacenamiento. En cualquier circunstancia, en el resto del año, es muy difícil que los precios internacionales del crudo regresen a los niveles que tenían a principios de este mismo 2020.

El necesario ajuste

Ante las muy complicadas circunstancias del mercado petrolero internacional y de la dinámica económica interna, el Estado mexicano tendría que analizar la situación, evaluar sus objetivos estratégicos y tomar medidas que den lugar a un ajuste de las políticas públicas en materia petrolera, dentro de los límites de la posición nacionalista del gobierno. No se trata de abandonar los objetivos centrales de la actual política petrolera, sino de ajustar la ruta, los tiempos y los instrumentos para alcanzarlos.

En ese sentido, resulta indispensable reformar la arquitectura institucional surgida de la reforma energética; para delinear otra que dé congruencia, eficacia, claridad y estabilidad a una nueva dinámica sectorial; al tiempo que permita hacer coherente la orientación y objetivos de las políticas públicas en materia económica, fiscal, industrial y petrolera; con el propio diseño institucional, el marco jurídico, las medidas regulatorias y sus instrumentos derivados.

Por su parte y desde antes de la actual crisis de los precios, Pemex enfrenta muchos, variados y complejos retos: un asfixiante régimen fiscal, una elevada deuda total, un alto pasivo laboral, limitaciones presupuestales, económicas y regulatorias, la necesidad de nuevo financiamiento, dificultades para hacer crecer la extracción, costos crecientes de producción, deterioro de la infraestructura productiva, deficiente sistema nacional de refinación, insuficiente capacidad de almacenamiento, complejos petroquímicos languidecientes, riesgo de degradación crediticia generalizada, falta de pagos a proveedores, opacidad en las asignaciones de contratos, creciente distanciamien-

to respecto a otras petroleras que ya operan en México, pérdida de recursos humanos calificados, disfuncionalidad operativa, carencia de una estrategia integral de largo plazo, entre otros.

Para hacer frente a esos retos, Pemex necesita redefinir sus estrategias y la jerarquización de sus prioridades. En particular, Pemex tendría que revisar y ajustar su plan de negocios, ya que el actual se inscribe en la inercia histórica, sin cuestionamiento alguno al modelo petrolero extractivista y rentista de los últimos cuarenta años. Si bien plantea corregir los defectos que nos llevaron a una integración energética subordinada en Norteamérica, así como revertir el intento de la administración anterior de convertir a Pemex en “un actor más” del sector petrolero; el plan de negocios le concede poca importancia a la transición energética y, en esa medida, Pemex no se está preparando para afrontar las profundas mutaciones del sector energético mundial. El plan (por razones obvias) no contemplaba el escenario precipitado por la irrupción del Covid-19 y como resultado, Pemex no se está preparando ni para la situación económica posterior a la pandemia, ni para afrontar las profundas mutaciones del sector energético mundial.

El resultado del primer trimestre de 2020, reflejado en las notas de las instituciones calificadoras y financieras internacionales, hace patente la vulnerabilidad de la estrategia del Plan de Negocios de Pemex, cuya ejecución requiere de apoyos crecientes de la hacienda federal. Esta situación pone en riesgo la viabilidad de muchos proveedores y prestadores de servicios en el sector petrolero.

Algunas reflexiones para después de la pandemia

El escenario, una vez que la pandemia pueda ser controlada, se presenta con mucha incertidumbre. En el mediano plazo, el incipiente retorno a la “normalidad económica” dependerá en buena medida de la gravedad de los daños ocasionados por los meses de confinamiento y el cese de actividades de varios sectores, algunos de los cuales tardarán años en recuperarse. Cualquier rebrote de la pandemia pondría en jaque a una fragilizada economía mundial. En ese contexto, la recuperación de la demanda mundial de hidrocarburos pendería siempre del hilo cada vez más sensible de las expectativas económicas negativas, que pudiera provocar un rebrote de la pandemia.

Pemex y el Gobierno de México deberían, entonces, hacer el cálculo respectivo y contestar dos preguntas clave: *a)* ¿Cuál es el plazo que puede soportar Pemex una brecha creciente entre el precio del crudo y su punto de equilibrio neto del pago de impuestos y derechos? y *b)* ¿cómo alinear las necesidades fiscales de corto plazo del Estado, con la viabilidad financiera de

la empresa productiva? Las respuestas a estas interrogantes marcarán el derrotero de la industria petrolera nacional en el mediano plazo y tendrán una gran influencia en su sendero institucional de largo plazo.

Es muy probable que las condiciones agudizadas por la pandemia, subrayen la fragilidad y el deterioro acumulado de Pemex; lo que llevará a incrementar la presión de diversos actores para que el gobierno abandone la orientación actual de su política petrolera. Sin embargo, para el gobierno y personalmente para el Presidente de la República, resultaría muy difícil y costoso políticamente, abandonar lo que ha sido no sólo uno de los ejes articuladores de su discurso; sino uno de los principales elementos constitutivos de la identidad colectiva del “pueblo de izquierda” mexicano.

La crisis del mercado petrolero internacional precipitada por la pandemia del coronavirus, proporciona a la vez, una oportunidad para repensar a Pemex y su lugar en el modelo de desarrollo. El gobierno y la administración de la empresa productiva, tienen el reto de hacerla resurgir con éxito en medio de esta crisis, adaptarla a la nueva realidad y poner el acento en la sustentabilidad de su operación. Petróleos Mexicanos tiene la base material para seguir siendo viable en el largo plazo; pero a condición de ajustarse al nuevo entorno político, económico, social y energético mundial.

Reivindicar la soberanía nacional sobre los recursos petroleros, consolidar la rectoría estatal del sector, fortalecer a Pemex como empresa pública y prepararla para la transición energética, sentar las bases de un sistema sectorial de innovación tecnológica y dar certeza a la inversión privada complementaria; necesitan de un esfuerzo serio y profundo, de parte del Estado y la administración de Pemex. Un esfuerzo que la Nación reclama con urgencia.